

¿A FAVOR DE QUÉ ESTÁN LOS HOMOSEXUALES?*

ANDREW SULLIVAN

Inglés. Egresado de la Universidad de Oxford y Ph.D en ciencia política por la Universidad de Harvard. Fue editor del «New Republic», y colabora asiduamente como analista de política norteamericana en el «Sunday Times» de Londres. Autor de varios libros entre los que destacan *Love undetectable: Notes on Friendship, Sex and Survival* (1988) y *Same-Marrriage: Pros and Cons* (1997).

La razón tiene tantas formas que no sabemos a cuál acogernos; la experiencia tiene otras tantas. Lo que inferimos a partir de la similitud de los acontecimientos es incierto, porque éstos son siempre distintos: no existe una igualdad más universal que la diferencia.

MICHEL DE MONTAIGNE

El descubrimiento de la propia homosexualidad es para muchos la misma experiencia que reaccionar ante ella. Para mí, desgraciadamente, no fue así. Quizá, en algún sentido, resultara intelectualmente beneficioso: desde muy pequeño fui capaz de distinguir, según me enseñó mi Iglesia, entre la condición de la homosexualidad y su práctica. Pero en la vida nada resulta tan fácilmente discernible. Incluso huir de la homosexualidad es una respuesta a ella; y nuestra respuesta altera sutil y lentamente nuestra condición. La sublimación del deseo sexual puede dar origen a un tipo específico de persona alienada: un perfeccionista más feroz, un individuo irritable, un emocionalista extremadamente susceptible, un fanático ideológico. Puede también dar pie a vidas brillantes: divertidas, urbanas, sutiles, apasionadas. Pero también conlleva una soledad devastadora.

He llegado a la conclusión de que la renuncia a la intimidad y el rechazo de la propia esencia emocional son males aleatorios. Con demasiada frecuencia protegen al personaje a expensas de la persona.

Recuerdo un hombre, una figura universitaria, que conocía a todo el mundo de una forma distante. Supongo que todos entendíamos que en el fondo era homosexual; tenía unas pocas amigas y una vida sexual inexistente. Vivía en un mundo cuidadosamente construido a base de chismes universitarios, argumentaciones intelectuales e intensas relaciones platónicas con estudiantes y protegidos. Era inmensamente gordo. Me dijo que un día, cuando rondaba los cuarenta, se despertó en una habitación del Harvard Club de Nueva York sin poder moverse. Se quedó allí inmóvil toda la mañana y parte de la tarde. En ese momento se dio cuenta de que no había ni un ápice de sinceridad ni de amor en su vida. El reconocimiento de este vacío lo paralizó literalmente. Tuvo suerte. Se puso a reordenar su vida; al final de su madurez empezó a tener aventuras con adolescentes; declaró su sexualidad públicamente y casi con crudeza a todo aquel que le escuchaba y se desahogó con sus amigos y con

aquellos a los que amaba. En una de esas tragedias ininteligibles, murió de un cáncer rápido y letal tres años después. Pero en su entierro no pude por menos que pensar que al menos había saboreado unos tantos años de vida. Se había recuperado a sí mismo antes de perderse para siempre.

Hay otros que nunca experimentan tan aterradoras epifanías. Hubo un tiempo en que estaba convencido de que el homosexual no declarado era una criatura social útil, y posiblemente más feliz que aquellos que estaban inmersos en lo que a veces parece una subcultura superficial y despiadada. Pero el debilitamiento del corazón que este tipo de abnegación exige es enorme. Para muchos de nosotros, un amor compartido es a todas luces difícil de conseguir, un objetivo que raras veces alcanzamos y que, cuando lo hacemos, nos cuesta muchísimo mantener. Pero convertir la ausencia de dicho logro en una condición de la propia existencia es quitarle a la vida humana muchos de sus estímulos para la evolución. Por eso no puedo olvidar la imagen de aquel hombre en una cama. No podía moverse. Para él no existía un paso adelante, ningún futuro al que poder aspirar.

Así es como muchos homosexuales adolescentes pueden percibir el mundo; y yo no era una excepción. Te das cuenta de que el matrimonio heterosexual es el objetivo emocional fundamental para tus compañeros; y sin embargo sabes que ése no puede ser tu destino. El matrimonio heterosexual te aterroriza y te alarma. Aunque su

* Este texto es el epílogo del libro *Prácticamente normal. Una argumentación sobre la homosexualidad*, de Andrew Sullivan, cuyos derechos de autor detenta Alba editorial, s.l.u. Alba editorial, s.l.u. ha otorgado a la Comisión de Derechos Humanos del Estado de México el permiso correspondiente para reproducirlo en este número del órgano informativo. *Prácticamente normal. Una argumentación sobre la homosexualidad*, traducción de Alejandro Palomas, 1ª ed., Alba editorial s.l.u., trayectos, colección dirigida por Luis Magrinyà, Barcelona, 1999, pp. 211-229.

forma conforta, su contenido horroriza. Requiere una falta de sinceridad sistemática; y esa falta de sinceridad o se programa en tu alma, deformando tu integridad, o se ve rechazada en favor de... ¿qué? Escudriñas tu cerebro en busca de alternativas. Tienes sueños grandiosos, construyes un futuro fantástico, concentras todas tus energías en una distracción sobredimensionada, te embarcas en una carrera profesional agotadora a fin de disimular la mentira que conforma tu propia esencia. Estás preso entre la huida y el constante desgaste diario de la autonegación. Es una lucha de la que muchos adolescentes y jóvenes adultos nunca consiguen salir.

Yo tuve suerte. Encontré una salida, una salida al mundo de las ideas, a una carrera, a otro país. América suponía una excusa para un nuevo comienzo, como lo había sido antes para millones de inmigrantes. A menudo me pregunto si habría encontrado una forma de construir una vida moderadamente sincera de haberme quedado en el sitio que tanto me recordaba el lugar del que provenía. No lo sé. Pero sé que tampoco en eso estaba solo. Hay muchos homosexuales que necesitan irse de donde son para poder recuperarse a sí mismos. En cualquier gran ciudad encontraremos a miles de exiliados emocionales haciendo llamadas de larga distancia que devuelven los mismos eufemismos de la adolescencia, las mismas pausas incómodas, las mismas bromas banales. El límite que establece la distancia entre ciudades equivale a la puerta del dormitorio del adolescente: una barrera en la que pueden mantenerse dos líneas con cierta esperanza de éxito y un mínimo grado de turbación mutua.

Fue la seguridad de este exilio la que hizo posible la vuelta a mí mismo. Recuerdo mi primer beso con otro hombre, el primer abrazo, mi primera aventura amorosa. Se han empleado muchas metáforas para describir este pospuesto regreso a casa (a uno mismo) -tenía veintitrés años-, pero para mí fue como estar viviendo en una película en blanco y negro que de pronto adquiriera color. La riqueza de la experiencia parecía posible por vez primera; las abstracciones del dogma, de la moral, de la sociedad, se disolvieron en el placer absoluto y misterioso de ser humano. Quizá esto sea un privilegio homosexual: muchos heterosexuales se tropiezan con los placeres de la intimidad y de la sexualidad cuando son jóvenes; para muchos homosexuales la experiencia completa puede darse de pronto, siendo ya adultos, eclipsándolo todo, humillando el ya desarrollado sentido del equilibrio personal, liberándolo e infantilizándolo a la vez. En ocasiones me pregunto si la adicción de algunos homosexuales a las aventuras, a la emoción de un nuevo amante, a la revelación de un deseo nuevo e inconsciente, es de hecho un intento por revivir esta experiencia, una y otra vez.

Lo que siguió con los años no estuvo desprovisto de estupidez, exceso y dolor. Pero fue mucho más real que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta ese momento. En este sentido nunca estuve «en el armario». Hasta los veintipocos años, yo era esencialmente heterosexual en el ámbito de la vida pública y carecía de emociones en mi vida privada. Pero en el plazo de un año me convertí en alguien a quien le importaba muy poco mostrar en privado y en público su orientación emocional. Estaba convencido de que por fin había entrado a formar

parte de la vida normal. Era un igual a los heterosexuales, merecedor del mismo respeto del que ellos gozaban, e intentaba construir en el mundo necesariamente artificial de la subcultura gay la imagen reflejada de la felicidad heterosexual que yo imaginaba a mi alrededor. Como muchos de mi generación, me jactaba de que esto era un logro prioritario: una forma de sentar las bases de la igualdad, una insistencia en la propia capacidad de intercambio con la cultura dominante, en la propia similitud radical con la mayoría heterosexual.

Y en un sentido fundamental, como he intentado explicar, era cierto. Los deseos emocionales del homosexual, su evolución y sus sueños son fenómenos humanos reconocibles en el acto -creo- para cualquier heterosexual, si no en su contenido sí en su forma. La humanidad de los homosexuales está clara en cualquier ámbito. Quizá nada haya ilustrado esto con mayor fuerza que la epidemia del sida: los gays tuvieron que enfrentarse al dolor, a la conmoción y a la mortalidad, como todo el mundo. Mueren como muere cualquiera.

Aunque de hecho no es así. Actualmente, los homosexuales estadounidenses tienden a morir jóvenes; a veces mueren apartados de su familia; mueren entre amigos que se han convertido en su nueva familia; mueren rodeados de una muerte joven y de los grandes símbolos de la diferenciación cultural. Crecer siendo homosexual significaba crecer con normalidad, aunque desplazado; experimentar el amor romántico, aunque con la persona equivocada; albergar grandes, aunque inaceptables, ambiciones; pretender un despertar gradual, aunque

en secreto, nunca en público.

Pero vivir como un adulto homosexual es experimentar de nuevo algo más. Sólo por la progresiva separación cultural del homosexual, la personalidad humana empieza a desarrollarse de forma diferente. Mientras eres un adolescente o un niño, estás rodeado de la cultura de la mayoría, de manera que tus preocupaciones, tus hábitos y tus pensamientos están envueltos en lo familiar y lo comunicable. Pero poco a poco, y gradualmente, en la edad adulta empiezas a rodearte cada vez más de amigos y conocidos gays o lesbianas. Las mujeres lesbianas pueden encontrarse lentamente distanciadas de la compañía de los hombres; los hombres gays pueden verse progresivamente distanciados de las mujeres. Un día eché un vistazo a mi agenda: la proporción entre hombres y mujeres, antaño equilibrada, se había decantado en un seis a uno por los hombres. El número de mujeres que conocía y a las que quería se había reducido a un grupo pequeño e íntimo de confidentes y amigas, mujeres capaces de compartir y de entender mi vida emocional. También el número de hombres heterosexuales había disminuido. Y ambos grupos tendían a proceder de gente que había conocido *antes* de haber desarrollado plenamente una vida abiertamente gay.

Estas tendencias se reforzaban entre sí. Naturalmente, como mucha gente gay, yo trabajaba en un ambiente claramente heterosexual y todavía mantenía lazos muy cercanos con mi familia heterosexual. Pero los incentivos ambientales apuntaban para mí en otra dirección. Yo gravitaba hacia

gente similar a mí. Especialmente a los veinte años, cuando las relaciones románticas cobran un papel dominante en la vida, te relacionas automáticamente con potenciales parejas. Antes de saber dónde estás se desarrollan ciertas pautas. La familiaridad genera familiaridad; y, mediante un proceso totalmente inconsciente, tu integración cultural es sutil y claramente diferente de la de tus compañeros heterosexuales.

En el mundo de la vida emocional y sexual no había pautas claras a seguir: la cultura homosexual ofrecía una gama de posibilidades, desde el sexo anónimo a una aburguesada vida en pareja. Pero su relajación con respecto a la actividad sexual, su facilidad masculina con la franqueza sexual, su sorprendente falta de rigidez moral y formal, todo ello fue diferenciando mi vida, sutil y lentamente, de la de mis compañeros heterosexuales (por no hablar de mis compañeras). Conforme me acercaba a los treinta, la diferencia se agudizó. Mis amigos heterosexuales se casaron; pronto mis compañeros de promoción tuvieron hijos. Bodas, niños, compromisos, aniversarios de pareja: el calendario empezó a llenarse del eco de los vínculos heterosexuales. y sin embargo, en mi vida gay las cosas eran distintas.

Recuerdo con claridad un fin de semana del puente del 1 de mayo. Tenía doble compromiso. El primero era la fiesta del trigésimo cumpleaños de un amigo gay. Lo celebraba en el Sur Profundo, en la casa que sus padres tenían en la playa. Les había dicho a sus padres que era gay el invierno anterior y durante el Memorial Day* de ese año les había dicho que

tenía sida. Sus mejores amigos -dos mujeres heterosexuales, su novio, su ex novio y yo- íbamos a conocer a su familia por primera vez. Aquel año todos habíamos pasado por el trauma de su enfermedad, y él estaba visiblemente más delgado que hacía un mes. Aunque asistimos a los típicos actos familiares -cenas, excursiones a la playa, sesiones de fotos-, una atmósfera tensa de ironía y tristeza nos envolvía. ¿Cómo podíamos explicar lo que era tener veinte y treinta años y vivir con un horizonte tan corto, enfrentados a la mortalidad, la enfermedad y la muerte, yendo a funerales cuando otros asistían a bodas? Y, sin embargo, de algún modo la comunicación era posible. Después de todo se trataba de su hijo. Cuando se hubieron aclimatado a nuestro mutuo afecto, a nuestro humor y a nuestra ocasional timidez, se consiguió cierto grado de comprensión. Hacia el final del viaje, su padre, en un aparte, me dio las gracias por cuidar de su hijo. Me costó un tremendo esfuerzo articular una respuesta.

Volé directamente desde allí a otra reunión familiar de otro amigo que también tenía treinta años. Éste era heterosexual. Él y su prometida se casaban rodeados por una multitud de familiares y conocidos. En la ceremonia judía había un ritmo latente y reconfortante de renacimiento y vida. El acontecimiento no era ajeno a una tragedia: el padre de mi amigo había muerto a principios de ese mismo año. Pero la ceremonia era casi una respuesta instintiva a esa tristeza, una reafirmación de que los ciclos y estructuras que habían dado sentido a la mayor parte de las vidas allí reunidas iban a dar sentido a otras dos en los años que

* Día de conmemoración de los caídos. (N. del T.)

vendrían. No me arrepentí de haber ido. Es difícil no sentirte conmovido ante la visión del comienzo de una nueva vida. Pero tampoco pude evitar sentirme profunda y dolorosamente alejado.

El sida ha intensificado una diferencia que considero intrínseca entre los adultos homosexuales y heterosexuales. Este último grupo está comprometido en la procreación de una nueva generación. El primero simplemente no lo está. Sí, esto puede matizarse -los gays y las lesbianas son a menudo padres y madres biológicos-, pero ninguna pareja de lesbianas ni de gays pueden ser padres de la forma en que pueden serlo un hombre y una mujer heterosexuales con un hijo o hija biológico. Y sí, hay muchos heterosexuales que ni se casan ni tienen hijos, y muchos con hijos adoptivos. Pero en general la diferencia se mantiene. La unidad necesaria procreativa y eterna entre un hombre y una mujer está intrínsecamente negada a los homosexuales; y la forma en que la paternidad transforma a los hombres heterosexuales, y la maternidad transforma a las mujeres heterosexuales, y el estatus de padres transforma la relación entre ellos, es mucho menos común entre los homosexuales que entre los heterosexuales.

El sida no ha hecho más que dar un amargo giro a este estado de cosas. Ya cumplidos los treinta, mis compañeros heterosexuales se entregaron de lleno a los nacimientos; yo estoy absolutamente entregado a las defunciones. Ambas experiencias alteran profundamente a la gente. Las pautas que rigen la vida de los padres y madres con niños pequeños son muy diferentes de las de aquellos que no tienen hijos; y

las perspectivas de quienes se han enfrentado a la muerte poco después de cumplidos los veinte están condenadas a ser diferentes de las de quienes se han enfrentado al nacimiento de una nueva vida. El año pasado vi a mi primer sobrino llegar al mundo, la primera nueva vida con la que me sentí física y emocionalmente conectado. Me pregunté qué sentimiento era más profundo: la sensación de inmensa pena al ver morir a un miembro de mi familia adquirida, o la increíble felicidad de ver nacer a un miembro de mi familia biológica. No me siento capaz de decidirme; pero sí me siento capaz de saber que son experiencias distintas: igualmente humanas, pero radicalmente diferentes.

En una sociedad cada vez más consciente de la variedad de sus culturas y subculturas, nos han educado para sentirnos cómodos e identificados con la "diversidad": la diversidad de perspectivas, de culturas, de significados. Y esta diversidad se asocia habitualmente con lo que se describe como construcciones culturales: raza, género, sexualidad, etc. Pero a medida que la obsesión por la diversidad se intensifica, la posibilidad de una diferencia verdadera aterroriza y alarma aún más. La noción de características colectivas -de atributos más asociados a los negros que a los blancos, a los asiáticos que a los latinos, a los gays que a los hombres heterosexuales, a los hombres que a las mujeres- se ha convertido en un anatema. Se las margina como «estereotipos». La aceptación de la diversidad ha pasado a significar la aceptación de la igualdad esencial entre todas las personas, y el peligro de generalizar sobre ellas. De hecho, prácticamente se ha convertido en «racista» quien formula

generalizaciones sustanciales sobre una minoría en particular, y en «homófobo» quien formula generalizaciones sobre los homosexuales.

Lo que sigue, entonces, con toda probabilidad será entendido como «homófobo». Pero creo que es verdad que ciertos rasgos necesarios de la vida homosexual conducen a ciertas características inevitables del carácter homosexual. No estoy diciendo que definan a cualquier homosexual: no lo hacen. Como ocurre con todo grupo o forma de vida, hay muchas, muchísimas excepciones. Tampoco quiere decir que definan la vida homosexual: a estas alturas debería quedar claro que creo que las necesidades y los sentimientos de los niños y de los adolescentes homosexuales son del todo intercambiables con los de sus compañeros heterosexuales. Pero existen algunas generalizaciones que pueden formularse sobre las lesbianas y los homosexuales adultos que parecen ciertas.

Naturalmente, en una cultura en la que los homosexuales permanecen ocultos y envueltos en su propio desprecio, en la que su desarrollo emocional suele ser tardío y torpe, en la que el «armario» proyecta todo tipo de comportamientos auto-destructivos que no serían proyectados en una sociedad más abierta, es todavía muy difícil decir qué es lo que intrínsecamente distingue a la vida homosexual, y qué es lo que simplemente se le impone desde fuera. Sin embargo, me parece que incluso en las sociedades más tolerantes encontraríamos algunas de las diferencias que acabo de describir.

La experiencia de crecer siendo profundamente diferente en el terreno emocional y psicológico

altera inevitablemente la percepción de sí misma de la persona, tiende a hacerla más distante, más atenta a las apariencias y a sus puntos débiles, mucho más tímida y quizá más reflexiva. La presencia de los homosexuales en las artes, la literatura, la arquitectura, el diseño y en la moda podría entenderse, y muchos lo hacen, como una simple respuesta a la opresión. Los homosexuales han creado profesiones seguras en las que esconderse y protegerse entre sí. Pero ¿por qué estas profesiones? Quizá porque son profesiones de apariencia. Muchos niños homosexuales, al sentirse distanciados de sus compañeros, se convierten en expertos en intentar averiguar cómo disfrazar sus sentimientos más íntimos, cómo «pasar inadvertidos». Perciben las señales y los signos de la interacción social porque éstos no se producen de forma instintiva. Desde muy temprano desarrollan habilidades que les ayudan a percibir las inflexiones de una voz, el amaneramiento de un movimiento específico y las vías por las que el significado puede ser comunicado en clave. Muestran muy buen oído para la ironía y el doble sentido. A veces, al tener que reprimir sus emociones naturales, encuentran medios de expresión formales para expresarse: la música, el teatro, el arte. Y así asientan su vida sobre una trayectoria que refuerza estas tendencias.

Recuerdo cómo de niño reprimía las emociones naturales del adolescente refugiándome instintivamente en mí mismo: escribiendo, pintando, participando en teatro de aficionados. O fantaseaba sobre hazañas futuras -líder de guerra, parlamentario, actor famoso- que pudieran reconducir todas aquellas

emociones que no invertía en conocer a otros chicos y en establecer relaciones emocionales con ellos. Y desarrollé amaneramientos, pequeñas vías de expresión, minúsculas rebellones de espacio personal -un discurso afectado, una prenda de vestir ridícula-, que eran, vistos en retrospectiva, intentos por comunicar en clave algo que no podía comunicarse a través del lenguaje. En esta argucia homosexual había, naturalmente, mucho dolor. Y no me extrañó que, en cuanto fui lo suficientemente fuerte para mostrarme más abierto sobre mi sexualidad, ya no necesitara actuar. De manera que poco a poco empecé a vestir de forma común y descuidada; dejé de interesarme el teatro; pasé de la novela al periodismo, y mi manera de hablar fue cada vez menos afectada.

Por supuesto, esto no es una experiencia homosexual universal. Muchos homosexuales nunca llegan a ser más abiertos, y las habilidades necesarias para sobrevivir al «armario» siguen siendo habilidades con las que ganarse la vida. Y muchos homosexuales, incluso cuando ya no necesitan estas habilidades, las conservan. Lo que quiero decir es simplemente que la experiencia universal de la diferencia en la timidez durante la infancia y la adolescencia -común, aunque no exclusiva de los homosexuales- conlleva el desarrollo de habilidades identificables. Son las habilidades de la mimesis; y uno de los grandes bienes que los homosexuales aportan a la sociedad es sin duda un sentido altamente desarrollado del estilo y la forma. Aun en las sociedades más abiertas sigue siendo así. No es algo genéticamente homosexual, sino

ambientalmente homosexual. Y empieza a muy temprana edad.

Lo cual encierra cierta ironía. De la misma forma que los judíos tuvieron que desarrollar formas para resistir, subvertir y adoptar una cultura mayoritaria, los homosexuales se han encontrado ironizando sobre su diferencia. Como en muchos casos han sobrevivido a agudos períodos emocionales, son más propensos a apreciar -incluso a celebrar voluntariamente- sus descripciones más melodramáticas y exageradas. Han aprendido a ver el lado divertido de la debilidad. Quizá sea éste el verdadero origen de la afeminación. Es la habilidad de ver la agonía y disfrutar de su forma, ignorando su contenido; la habilidad de ver el trauma emocional y no ver su esencia sino su apariencia. Es la estética del dolor.

Este papel en la concepción estética de la cultura se ve quizá reforzado por otro hecho inevitable en relación con la mayoría de las lesbianas y homosexuales: su vida sin niños. Esta falta es el origen de dos cualidades relacionadas entre sí: la libertad relativa para procrear en un sentido más amplio y estructural, y para experimentar con relaciones humanas que pueden resultar instructivas para la sociedad.

La falta de hijos es algo que muchos homosexuales ven como una maldición; y es lo que muchos heterosexuales más compadecen (y algunos envidian) de sus conocidos homosexuales. Pero también es una oportunidad. Los hombres y mujeres sin hijos tienen mucho que ofrecer a la sociedad. Pueden transferir sus incumplidos instintos paternos a otras funciones paternas más amplias: pueden ser extraordinarios profesores y mentores, enfermeras

y doctores, curas, rabinos y monjas; pueden dedicarse de lleno a labores de caridad, ayudando a los necesitados y a la gente que está sola; pueden ocuparse de los jóvenes que han sido abandonados por otros, mediante la adopción. O pueden emplear su tiempo libre en conseguir en su campo de trabajo una excelencia que está a veces vetada a los padres o a las madres, siempre agobiados y preocupados. Pueden quedarse en la oficina hasta tarde, pueden ser los directores más leales para una campaña política, trabajar veinticuatro horas en una producción periodística o ser los abogados más capaces y dispuestos a la hora de cumplir con un plazo límite.

Uno de sus papeles decisivos en la sociedad se ha desempeñado también en el ejército. He aquí una institución que requiere una dedicación más allá de la familia nuclear y biológica, que necesita a gente preparada para dedicar todo su tiempo a un objetivo común, hombres y mujeres capaces de supeditar sus necesidades personales a las demandas formales de la disciplina militar. De todas las instituciones de nuestra sociedad, el ejército es quizá la más naturalmente homosexual, lo que por supuesto constituye en parte la razón de que se muestre tan claramente hostil a la presencia visible de los homosexuales. La transferencia del afecto familiar a una comunidad más amplia también hace del homosexual una persona ideal para dedicarse en cuerpo y alma a una institución social: la universidad, la escuela, los boys scouts, la iglesia, el equipo de deportes. Si rasamos un poco la superficie de muchas de estas instituciones encontraremos a uno o dos homosexuales a cargo de sus funciones vitales.

Pero la contribución del homosexual puede ir más allá del simple enriquecimiento de la vida estética e institucional de la sociedad. Se ha convertido en un tópico decir que, en el campo del desarrollo emocional, los homosexuales tienen mucho que aprender de la cultura heterosexual. Los valores del compromiso, de la monogamia, del matrimonio y de la estabilidad se postulan como modelos para la existencia homosexual. Y de hecho lo son. Sin una institución arquitectónica como la del matrimonio es difícil crear las condiciones necesarias para alimentar dichas virtudes, pero eso no desmiente su importancia.

Sin embargo, también es verdad que las relaciones homosexuales, incluso en su actual y de algún modo ecléctica forma, pueden contener rasgos que podrían también enriquecer a la sociedad en general. Precisamente porque no existe un modelo institucional, las relaciones gays se mantienen a menudo con más fuerza a partir de un compromiso genuino. El enriquecimiento mutuo y la expresividad sexual de muchas relaciones lesbianas, la solidez y la amplitud de muchas relaciones gays, son cualidades que a veces no encontramos en relaciones heterosexuales más rutinarias. Las uniones entre miembros del mismo sexo a menudo incorporan las virtudes de la amistad con mayor efectividad que los matrimonios tradicionales; y a veces, en las relaciones entre hombres gays, la condición abierta del contrato hace más probable su supervivencia que en el caso de muchas uniones heterosexuales. Algunas de estas cosas no están al alcance de la unión entre hombre y mujer: hay más probabilidad de que exista un mayor entendimiento de la

necesidad de recursos extramaritales entre dos hombres gays que entre un hombre y una mujer; y, de nuevo, la falta de hijos da mayor libertad a las parejas gays. Sus fracasos acarrearán menos consecuencias para otros. Pero algo de la necesaria sinceridad propia de la relación gay, su flexibilidad y su equidad podrían sin duda ayudar a reforzar y redefinir muchas de las uniones heterosexuales.

En mis intentos -a veces cómicos y a veces apasionados- de construir relaciones, he aprendido algo sobre los puntos débiles del modelo heterosexual. He comprobado cómo una red de amigos gays era a menudo más enriquecedora que una relación de pareja, que la franqueza sexual no equivalía siempre a licenciosidad, que el tipo de comunidad solidaria que sostiene muchas relaciones gays es algo de lo que podrían beneficiarse muchos matrimonios heterosexuales aislados. También he aprendido cómo la condición subcultural de la vida gay la convertía en algo notablemente democrático: en los bares gays se daba mucha menos estratificación socioeconómica que en los bares heterosexuales. La experiencia compartida del deseo hacia individuos del mismo sexo se imponía sobre la clase y la raza; conllevaba una humillante experiencia que nos permitía arriesgar nuestro corazón y nuestra amistad con gente a la que de otro modo jamás habríamos conocido. Nos relajaba y nos ayudaba a tomar conciencia de que es muy difícil entender a la gente, y mucho menos juzgarla, simplemente a partir de las apariencias. A mis compañeros heterosexuales, a pesar de no tener ninguna culpa, estas experiencias se les negaban a menudo. Aunque podrían

beneficiarse si las entendieran un poco mejor, y no simplemente desde una postura de condescendencia.

Como acabo de exponer, estoy convencido de que todo el mundo, en el seno de una política de estricta neutralidad, debería tener acceso al matrimonio. Pero en este modelo hay mucho espacio para la diferencia cultural. Hay algo tétrico en el intento por parte de algunos gays conservadores de educar a gays y lesbianas para que acepten a ciegas el sofocante modelo de normalidad heterosexual. Lo cierto es que los homosexuales no son completamente normales; y reducir sus variadas y complicadas vidas a un modelo moralista y simple es pasar por alto lo que su diferencia tiene de esencial y estimulante.

Esto no significa necesariamente, como defienden algunos historiadores, que los homosexuales no desempeñen un papel en el sostén de una sociedad, sino que su papel es en cierto sentido distinto; pueden participar en la procreación de un modo

menos literal: en la regeneración cultural de una sociedad, en su rejuvenecimiento intelectual o empresarial, en su ministerio religioso o en su educación profesional. Sin las trabas que suponen los hijos, pueden presionar los límites de la cultura, de la infraestructura comercial o las fronteras de la vida intelectual de forma que los heterosexuales, sujetos a un tipo de vocación diferente, no pueden. Naturalmente, muchos heterosexuales desempeñan funciones similares; y muchos homosexuales prefieren la vida hogareña a la vida pública; pero el inevitable modo de vida del homosexual facilita una oportunidad que muchos parecen aprovechar y entender intuitivamente.

O quizá su papel es no tener ningún papel. Quizá es la experiencia de la rebelión lo que impulsa a la cultura homosexual a ser peculiarmente reticente a los intentos de guiarla para que sea útil, instructiva o productiva. En cualquier manifestación a favor de los derechos gays veremos la imposibilidad de organizar la cultura homosexual en un *lobby*

coherente: intentos de ese tipo acaban siempre vencidos por la ironía, el exhibicionismo o la irresponsabilidad. Es como si los homosexuales hubieran aprendido algo sobre la vida que los ha vuelto inmunes a las exigencias puritanas y simplistas de la política moderna. Es como si hubieran aprendido que la vida es voluble; que hay partes de ella que no pueden entenderse y menos resolverse; que algunas cosas no llevan a ninguna parte y que no significan nada; que el último ejercicio de libertad no es un viaje programático sino un viaje espontáneo. Quizá sea necesario que veamos nuestra propia vida como el fin de una cadena biológica, o nuestras emociones más profundas como el objeto del odio que origina esta visión. Pero las semillas de la sabiduría homosexual son las semillas de la sabiduría humana. Encierran la verdad de que en el fondo el orden es un eufemismo del desorden; de que, a menudo, más que solucionar los problemas disfrutamos sanamente de ellos; de que existe una razón para el misterio; de que hay belleza en las flores silvestres que crecen al azar en nuestros trigales.